



DIÓCESIS DE RIOHACHA
MONSEÑOR FRANCISCO ANTONIO CEBALLOS ESCOBAR C.Ss.R.
HOMILÍA DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO
RIOHACHA, OCTUBRE 10 DE 2021

Saludo a quienes están presentes aquí en la catedral Nuestra Señora de Los Remedios, en Riohacha; igualmente, a quienes todavía siguen participando en la Eucaristía dominical desde sus casas, a través de las redes sociales de la Diócesis de Riohacha. Sean todos bienvenidos a este nuevo encuentro dominical con el Señor y con quienes compartimos la misma fe. Como todos los domingos ofrezco la Eucaristía por todos los enfermos, pero hoy de manera especial por nuestra hermana Martha Sepúlveda, por quien hemos estado orando desde que se conoció la noticia de su decisión de morir a través de la eutanasia. Que el Señor sea para ella bálsamo que cure sus heridas y mitigue su dolor con el aceite del consuelo y con el vino de la esperanza.

Supimos ayer en la tarde la noticia de suspender la eutanasia a Martha. Nosotros los cristianos, como ha sido la invitación durante estos días, seguimos en oración para que el Señor le conceda a Martha el milagro de la sanación y la gracia de unirse a los dolores de Cristo y de ofrecerlos en reparación de los pecados del mundo. Esa cruz abrazada con amor, es redentora. Conviene, no obstante, como dice el Papa Benedicto XVI en la Carta Encíclica *Spe Salvi*, sobre la esperanza cristiana: “hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda la vida realmente humana [...] Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios...” (*Spe Salvi*, 36).

El Evangelio de hoy, nos presenta dos de las siete miradas más emocionales de Jesús, descritas por el evangelista San Marcos. La primera mirada la dirige con cariño a un joven rico, y la segunda a sus discípulos. Es que Dios siempre nos está mirando porque “en Dios vivimos, nos movemos y existimos” (salmo 139). Ambas miradas enmarcan las dos partes de que consta el trozo del Evangelio acabado de proclamar. Encuentro de un hombre rico que se acerca a Jesús para preguntarle: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna? Pregunta importante en la vida de todo bautizado. Jesús responde a la pregunta enumerando los mandamientos, porque Dios ya había hablado. Expresamente le recuerda los mandamientos de la “segunda tabla”, los llamados mandamientos sociales. El joven rico dice haber cumplido todo eso desde pequeño. Con esta afirmación, el joven creía poner fin a la cuestión: podía estar tranquilo, estaba en el buen

camino. Sin embargo, todo comienza a partir de ahí. Conmoverlo y cautivarlo por la honestidad y sinceridad de aquél hombre, y viendo Jesús que su interlocutor era bueno, entra en una etapa más exigente, parecía que había madera para ello. Lo mira con cariño y le dijo: “una cosa te falta: vende lo que tienes y da el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme”. Al mero cumplimiento de la ley, Jesús le ofrece la plenitud de la ley. La propuesta, exigente sin duda, va envuelta en una mirada de cariño, que si bien reconoce y celebra el bien hecho, es, sobre todo, estímulo para nuevas conquistas: liberarse para seguirlo. Así es Jesús: siempre nos exige más. Es que no se trata de decir que se es cristiano, se trata mejor de cumplir a cabalidad los mandamientos de Dios y seguir las exigencias del Evangelio. De lo contrario, es una mera inscripción como si se tratara de un club de amigos.

Solamente completando este segundo paso, la pobreza voluntaria, el desprendimiento, se accede a la categoría de discípulo por medio del seguimiento. Por supuesto que Jesús hace la propuesta siguiendo las leyes de una pedagogía personalizada y responsabilizadora, es decir, sin imponer nada y respetando la libre decisión del sujeto; es que Dios no impone nada, propone, simplemente propone y el hombre desde su libertad niega o acepta. En el joven rico del evangelio la luz que se había encendido en la mirada y con la mirada de Jesús, se apagó inmediatamente, pues su respuesta fue negativa; más pudo su riqueza, el apego a ellas, que la invitación de Jesús al desprendimiento para seguirlo. “A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico”. Con seguridad si Jesús le hubiera pedido un aumento sustancial de sus limosnas, probablemente no se habría echado atrás; pero Jesús le pidió hacerse él mismo limosna, donarse totalmente. Si, aquel hombre cumplía los mandamientos sin cumplir el mandamiento: “amar a Dios sobre todas las cosas”. El final del encuentro es decepcionante, ¿por qué? Quizá porque aquél hombre rico en bienes pasajeros, oyó sólo las palabras radicales de Jesús, pero no le miró a los ojos. Si lo hubiera hecho, hubiera descubierto que Jesús es la mayor riqueza. Hubiera descubierto que esa tarea imposible para los hombres, no lo era para Dios. Pues Dios lo puede todo. Y Jesús es esa mano tendida para ser posible lo imposible.

El desenlace de esta escena y el fracaso de esta vocación, le da a Jesús la oportunidad de instruir a sus discípulos sobre los peligros de la riqueza y la necesidad del desprendimiento de los bienes terrenos para alcanzar el Reino. El evangelista pone de relieve el estupor de los discípulos de Jesús al oír ponderar los inconvenientes de la riqueza; se asombran porque era desechar la idea común entre los judíos, heredada del Antiguo Testamento, de que la riqueza era un signo del favor divino.

Pero para Cristo es un obstáculo muy serio, un material explosivo en las manos, hasta el punto que el culto al dinero y el seguimiento de Cristo por el camino del reino son incompatibles. Si, para Jesús, en su propuesta del Reino, el apego a las riquezas, son un obstáculo para entrar en él. Ante esta propuesta los discípulos asombrados se preguntan entre si: entonces, ¿quién puede salvarse? En esta ocasión Jesús también lanza su mirada a sus discípulos, los mira a los ojos y les dice: ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios! Porque tener alma de rico, es decir “poner la confianza en el dinero” y en lo que se posee, supone una dificultad tan grande para ese objetivo como el paso de un camello por el ojo de una aguja.

Tal exigencia endurece y contrista los corazones, como le pasó al joven rico y a los mismos discípulos del evangelio de hoy. Es que el apego a las riquezas: dificulta las relaciones con los demás, enfría la fraternidad humana, nos cierra al compartir con el necesitado, entorpece la solución del problema del hambre y la pobreza en el mundo, despersonaliza al individuo haciéndolo esclavo y no señor de su dinero, sea poco o mucho, y, finalmente, a nivel cristiano, hace imposible el seguimiento de Cristo por falta de asimilación del espíritu del reino.

Estimados hermanos, los peligros de la riqueza es la enseñanza del Evangelio de hoy; enseñanza y advertencia que no es solamente para los ricos de hecho, sino para cuantos quieran ser discípulos de Jesús y herederos de la salvación de Dios. Es un aviso para todos, pues todos tenemos apetencia de rico, incluidos los pobres que se apegan a lo poco que tienen mostrándose ambiciosos y avaros. A todos los niveles sociales se busca el dinero con espíritu de codicia, y se pone en él la confianza más que en Dios.

Para cumplir las exigencias de Jesús, es verdad que se necesita la ayuda de la gracia; se necesita la Sabiduría que procede de Dios. Así nos lo enseña la primera lectura del libro de la Sabiduría: “supliqué y me fue dada la prudencia, invoqué y vino a mí el Espíritu de Sabiduría. La preferí a cetros y tronos y a su lado en nada tuve la riqueza...la quise más que a la salud y la belleza y la preferí a la misma luz, porque su resplandor no tiene ocaso... Con ella me vinieron todos los bienes juntos”. Los discípulos lo dejaron todo y lo obtuvieron todo, según la misma promesa de Jesús: “En verdad les digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras por mí y por el Evangelio, que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones, porque nada es gratis, y en la edad futura, vida eterna.

Que la Santísima Virgen María, en la advocación de Nuestra Señora de los remedios, nos ayude a desprendernos de todo, para alcanzarlo todo. Nos dé un corazón de pobres, es decir, un corazón necesitado del amor de Dios.